

Bajo el signo de Caín*

CAMILO MARKS

Chile puede jactarse de muy pocas cosas en esta segunda mitad de siglo, que ha sometido a nuestro país y al resto del mundo a tan duras pruebas.

Tal vez uno de los pocos y auténticos motivos de orgullo nacional es que tres de los más grandes poetas contemporáneos son chilenos y están vivos. Ellos son, naturalmente, Nicanor Parra, Gonzalo Rojas y Jorge Teillier.

Mientras el primero recibe premios y honores casi a diario y su lectura ha sido fomentada permanentemente por Ignacio Valente, el más importante crítico de poesía del país, y Gonzalo Rojas ha sido, ahora último, abrumado de condecoraciones, Jorge Teillier, en cambio, no participa en recitales masivos, no suele dar entrevistas y es, con toda seguridad, el escritor chileno más alejado del exhibicionismo personal que ha existido.

Sin embargo, y a pesar de la reticencia y casi diríamos rechazo de Teillier a mostrar su persona y promover su obra, ésta es una de las más conocidas y veneradas por los lectores de poesía, aun por aquellos que leen poco, tanto aquí como en el extranjero, donde su obra ha sido traducida a diversos idiomas. Lo más impresionante del caso de Teillier es que son las generaciones jóvenes, aquéllas educadas -según sus propias palabras- “en una enseñanza deformada, que tiende a adoptar la literatura como información, (pues los profesores) no enseñan a quererla”, quienes parecen hoy día leer más a Teillier y seguir su ejemplo como poeta. Las cartas de jóvenes aspirantes a escritores de todo Chile, del extranjero y, especialmente, de mujeres (a pesar

* Colaboración del diario *La Epoca*.

de que él no entiende el feminismo) que todos los días recibe Jorge Teillier en su domicilio de La Ligua y las traducciones y ediciones que se suceden, prueban que quizá sea actualmente el poeta más leído de Chile.

Esto es tan extraordinario en los tiempos que corren que no bastarían páginas enteras para explicarlo ni para aclararlo del todo. En la era en la que no se es nadie si no se figura constantemente en los medios de comunicación de masas y en la que prácticamente se deja de ser persona cuando no se es entrevistado o no es uno una noticia, un poeta mayor de nuestra lengua que no se presta a estos juegos tiene una cantidad de seguidores y admiradores que muchos grafómanos jamás soñarían.

Esta es una de las primeras razones por las que todo amante de la poesía chilena e hispanoamericana en general, y todo interesado en Teillier en particular, debe leer *Conversaciones con Jorge Teillier*, de Carlos Olivárez, (Editorial Los Andes, Santiago, 1993). Hay muchas otras razones por las que todo lector inteligente también debe dejarse llevar por las entretenidas y numerosas veces hilarantes páginas del libro: la franqueza con la que se opina sobre diversas materias, desde el fútbol y el boxeo hasta el feminismo, la lucidez con la que Teillier habla sobre la poesía universal y chilena y la claridad y valentía con que plantea sus posiciones un poeta que no anda hablando todo el día y que es mucho más conocido por lo que ha escrito - su poesía- que por lo que piensa. Nos detendremos un poco en las primeras razones.

Estamos frente a un libro cuyo título es absolutamente inequívoco. No es meramente una serie de entrevistas o de largas sesiones de preguntas seguidas de respuestas, todas convenientemente editadas. En un país donde todos los días los medios de comunicación publican entrevistas a personas que, frecuentemente, no tienen nada que decir, un libro de entrevistas a Teillier, por sí solo, habría tenido algo de gracia, pero no se trata de eso. Este volumen delgado pero contundente es una larga conversación entre dos amigos que se conocen hace veinticinco años y sucede que uno de ellos es, hoy día, para muchos, el mejor poeta de Chile. Ambos conversan sobre múltiples temas y la conversación recupera lo que una vez fue y lo que podría volver a ser Chile: un lugar donde se puede conversar. Y una de las cosas sobre las que más se puede conversar en este país es sobre poesía.

Veamos algo de lo que nos dice este poeta sobre su poesía y sobre la poesía en general: “La persona que asume la poesía o que la poesía lo asume a él -porque en realidad la poesía es muy difícil asumirla- es lo que se llama un

poeta” y “lo que pasa es que en lo que llamamos vida hay una elección, pero en la poesía no hay elección. El valor literario da lo mismo. El valor de vivir es el que importa. ¿Por qué yo vivía de una manera que me provocaba un estado de magia? ¿Y por qué ahora no puedo vivir así?” Es difícil concebir algo más alejado de la solemnidad, de la pomposidad y de la actitud de los tontos graves en estas palabras, así como en estas otras: “Me parece extrañísimo que yo me haya dedicado a escribir poesía. Supongo que yo he cambiado en forma muy profunda y por qué y cómo lo he hecho es un misterio que me gustaría descifrar. Yo digo ese poema parece escrito por otra persona, pero corresponde a algo mío. A lo mejor te llega una voz, una manera de ser, un estado de ser”.

Que Teillier se exprese en forma sencilla y asequible, como corresponde a un caballero sureño, no significa que no posea profundos y extensos conocimientos literarios y que no dé muestras de una lucidez aguda, pese a los distintos calificativos en los que suele encasillársele: poeta lárlico (“Me molesta ser llamado poeta lárlico. Lo que pasa es que es una simplificación”) o poeta maldito. Frente a lo primero, también se defiende con una memoria increíble que demuestra a cada rato y sin aspavientos, como, por ejemplo, cuando recita de corrido los nombres de quienes integraban la primera división de Colo Colo...;en 1941!

Frente a lo segundo, echa por tierra las clasificaciones fáciles: “Me molesta mucho ser llamado poeta maldito. Soy un poeta bendito, tengo buena suerte, lo he pasado bien”. La sencillez no va con las falsas modestias.

Sin embargo, hay un sentido hondo y habitualmente ignorado en lo que significa ser un poeta maldito y a tal sentido Teillier no puede escapar y lo dice explícitamente: “Baudelaire creó esa calificación: el poeta es un hombre arrojado de la tierra, tal como fue lanzado del Paraíso. Apartado de la sociedad por todos, porque eligió un camino que no es el de todos. Tiene una maldición que es la maldición de Caín. Poeta maldito es una condición que yo asumo, si es vista como el no ser oficialista, nada más que eso. Es la marca de Caín, de acuerdo, pero hay que tener en cuenta que Caín tenía una marca buena. Los cainistas decían que Caín era en realidad el elegido, no Abel. La persona que acepta ser *outsider* se pone al lado de Caín. Quienes nos acusan o me acusan de mala conducta, de no tener las normas obligadas de vida, delatan cierta envidia, un signo parecido al de Abel. La envidia sería la maldición de Abel, no de Caín. Es Abel el que se sale con la suya”.

Vivir bajo el signo de Caín es, por cierto, mucho más difícil y doloroso

-y también mucho más creativo- que hacerlo bajo las reglas de la conformidad y la aceptación. Y en un país donde siempre se ha impulsado el pánico a la disensión, a la diferencia y a la crítica, vivir bajo ese signo es doblemente más difícil que en otras partes, donde siempre ha circulado libremente el pensamiento. Si se es poeta y se está regido por ese signo, el precio que se paga es altísimo.

No obstante, a la larga, el poeta triunfa: “Cuando uno tiene leyenda -nos dice finalmente Teillier- la leyenda es mejor que el éxito. Si tienes leyenda, vas a estar bien, siempre”. Y *Conversaciones con Jorge Teillier*, de Carlos Olivárez, otro caballero del sur, nos hace entrar un poco en esta leyenda.